

LA CRUZADA

PERIÓDICO DE POLÍTICA, ADMINISTRACIÓN, MILICIA Y LETRAS

Oficinas: Corrito 230
Sale los días 2, 12 y 22

Redactor en Jefe: MANUEL BERNÁRDEZ

Suscripción.... \$ 0.50
En campaña.... \$ 0.60

AÑO I

MONTEVIDEO, 12 DE OCTUBRE DE 1896

NÚM. 17

LA FECHA ETERNA

Del Ártico al Antártico, América eleva un himno a su descubridor, en notas ciclópeas arrancadas al taller en el que el esfuerzo humano funde los moldes de su grandeza.

Cuatro siglos antes, el continente, dormido en sus selvas al arrullo de los mares que lo acariciaban, de los ríos gigantes que enviaban á los cielos la sinfona melodiosa de sus murmurios, cuidado por las luminarias de sus volcanes que vigilaban lo inmenso, como avanzadas desprendidas de los Andes, era impenetrable á las miradas de la ciencia.

Había el presentimiento de su existencia que crecía como una obsesión en ciertos cerebros, rodeada de misteriosas leyendas; fantástica tierra, perdida á lo lejos, escondida en el fondo de los mares que ocultaban entre sus brumas el secreto de su vida opulenta, rica, fuerte, con florestas seculares, ríos repletos de oro, tierras brillantes en que los metales preciosos irradiaban destellos mágicos, templos colosales contruidos con diamantes: y una raza heroica y generosa que surgía ante la mirada deslumbrada de los pensadores como guardián de aquellos tesoros que allí se amontonaban por la labor secular de los tiempos.

Los viejos papiros contaban maravillas: entre los marinos y los guerreros corría la leyenda, siempre creciente, siempre comentada, siempre repetida. Los mágicos tesoros de Golconda: las riquezas del Preste Juan: el derroche sin fin de especias y de joyas que hacían aquellos habitantes de las Indias, eran el poema de las ambiciones de aquellos tiempos, transmitido de padres á hijos en íntimas consejas, con el anhelo profundo, que esterilizaba la muerte, pero, que resurgía más poderoso en los que quedaban, y era el objetivo que perseguían al clavar los ojos en la inmensa mudez de los horizontes, cuando, al caer la tarde, el alma aventurera de aquellos hombres se sentía ansiosa de conquistas.

Pero, los horizontes permanecían encubiertos por sus cortinados de ópalo, siempre cerrados, como si quisieran ocultar el secreto de Atlante. La audacia marina, refrenada por el temor de lo Ignoto, apenas se expandía en cortos límites; y las veloces carabelas no pasaban de las Canarias, como si allí empezara lo impenetrable, la densa oscuridad de lo Desconocido, que atormentaba los espíritus y los sostenía, al mismo tiempo, con el incentivo de la curiosidad.

Para todos había algo detrás de aquella línea gris del confin. Los reinos prodigiosos, los palacios centelleantes de rubíes y topacios, los bosques llenos de aromas raros, los tesoros derramados por doquier en espléndido derroche de riquezas, todo un mundo ideal de deslumbrante poderío, se dibujaba en aquellos cerebros sacudidos por la ambición. Y en los monasterios

y en las posadas; en los castillos y en las naos; en las chozas y en los reales de armas, crecía el anhelo, la probabilidad de ver, de tocar aquel mundo lejano: el propósito de embrazar el escudo y lanzarse á la Odisea. Había coraje de sobra adquirido en la existencia batalladora: pero, el mar enorme y silencioso, como un monstruo en descanso, contenía la expansión heroica, desenredándose en olas infinitas, rumorosas ó bravías, como si presintiera la aventura....

Había, entonces, anhelos de gloria.

La media luna se iba ocultando delante de la cruz. Granada iba á caer. Las cántigas y endechas de los abencerrajes yacían apagadas ó adormecidas en los laudes de cuerdas de oro. Los minaretes de la dilecta de Mahoma repetían el grito de guerra de Boabdil, último grito de una raza dominadora que se transformó en gemitos de mujer.

Ayamira rompía los tules de su ropaje, en señal de duelo, y Ben-Amet, rojo de sangre, espléndido en su grandeza rebelde, buscaba con su guma la conquista de su inmortalidad, á la que entró, entre coros de huríes.

El pendón de Castilla turbaba la oración de los creyentes, y los textos de los sagrados libros anunciaban infortunios, y las estrofas del Corán se desprendían de los zócalos, de las ojivas y de las balastradas para ceder su puesto á la frase evangélica.

Zegries y abencerrajes, en batallar diario, sentían que serían vencidos.

Aun la Alhambra brillaba con fulguraciones de esperanza, templando la fe, endureciendo el alma, sosteniendo el brazo; é hispanos y moriscos, la Cruz y la media Luna, dirimían la épica contienda de cinco siglos, en torneos de bravura y en cargas de héroes, escudados en las viejas creencias, que el fraile y el muzlin pregonaban entre el estallido de las armas y el fragor de los combates.

Pero, un día, la maza de guerra de Álvaro de Turiás golpeó las puertas de la Mezquita Santa. Granada había caído! El estandarte del Profeta, fué arriado por un aragonés intrépido, y en la cúpula aérea flameó el oriflama de Castilla, quebrando el ánimo de los mozárabes que doblaron la cabeza al peso brutal de la fatalidad.

El *Hosanna* del triunfo llenó las bóvedas. Y la cruz, rutilante y espléndida, quedó clavada para siempre en los Alcázares islamitas, como alquibla de los nuevos creyentes que la espada conquistará....

Pero aquellos castellanos no querían envainar la espada, ni colgar el escudo. Tenían fija en la retina la seductora perspectiva del Mundo conquistable para su brazo. Triunfantes del agareno, aspiraban á lo desconocido que les dibujaba en los cerebros fantásticas empresas. Vencedores en la tierra, ellos querían más, mucho más.... Delante de sus ojos se extendía el mar solemne, misterioso, inmenso, con sus seducciones

indecibles; los arrullos sirenaicos, los monstruos apocalípticos, las legendarias noticias de sus peligros, el problema indescifrable que era necesario resolver — la solución del pertinaz enigma que perseguían sin cesar tantos soñadores, la suprema revelación de otro mundo... el mar! el mar! de rumbos inciertos, de límites infinitos, de grandeza aterradora, y que era necesario atravesar, que no debía haber nada que contuviera el esfuerzo invencible de aquellos hombres...

Y mientras cada marino, cada soldado, cada aventurero, cada aldeano y cada trovador errante y apasionado sentía crecer dentro de sí la inestinguible esperanza de una empresa heroica factible por su brazo y por su mente, Dios empujaba hasta el Convento de la Rábida, al que haría estallar todos esos entusiasmos con el fuego revelador de su genio — al que, abrumado por los desencantos, iba á depositar en las manos de un fraile franciscano un secreto que trastornaría al Orbe!

Portugal no le creyó. Aquel hombre perseguía un mito.

Venecia no lo oyó. Sus navegantes creían que no era ese el rumbo que señaló Marco Polo á sus aventuras.

Y Colon marchaba con su quimera, manteniéndola con el ardor de su entusiasmo.

En las tenebrosas profundidades de su espíritu, se agitaba la chispa eterna.

Y se sentía sostenido por ella, que lo envolvía en diafanidades de gloria.

La esfinge silenciosa de las distancias le hacía promesas. Detrás de ella se escondía América. El golpe formidable de Hércules era poesía pura, y el atrevido *nec plus ultra* era mentira. Había más, mucho más. Entre las brumas, acariciado por los mares, besado por las brisas, yacía el florón prometido para su constancia.

Y el marino se sentía demudado. La confianza en su gran ilusión le transfiguraba, y le hacía avanzar, paso á paso, acariciando su Destino, en medio de todas las decepciones, sonriendo á las burlas de un siglo ignorante, á los sarcasmos de la escolástica retrógrada.

Convencido de la esfericidad de la Tierra, en su cerebro se dibujaba una ruta más corta para llegar á las Indias, y los cosmógrafos, que había leído, le enseñaron que marchando al Oeste era posible que encontrara la resolución de su incesante problema.

Perez — el franciscano evangelizador — se sintió inflamado por el espíritu de empresa del Santo de Asís — su maestro — y apoyó á Colon, aunándose así la ciencia creadora y profunda con la fé, para pronunciar el *fiat lux* de un nuevo mundo.

Presentándolo ante una asamblea de sábios, de matemáticos, de obispos, de monjes, de teólogos y pedagogos, encontró una oposición que se le hizo con libros. San Pablo aseguraba en sus epístolas que el cielo era un vasto toldo tendido sobre la tierra, lo cual era una demostración de que ésta era aplastada. Argumento decisivo, incontestable, cuya negación importaba una blasfemia...

No estaba todo perdido! Allí, á su lado, Fray Perez lo sostenía con su paladion de fé. El iba á vencer junto al Trono: él iba á conmovier á una Reina gloriosa: él iba á encender el entusiasmo de una corte belicosa: él iba á arrancar una promesa, crédito, hombres, y á sacudirlo todo con el acento sincero de su palabra: él iba á empujar á Colon hacia allá, hacia lo misterioso, hacia el Occidente, sirviendo de enseña de

victoria á tan atrevida empresa, el rojo pabellón de Castilla al que zahumarían las vírgenes aromas americanas.

Dios conducía el esfuerzo. Colon, en el éxtasis de su ventura, abrazado á su soñada quimera, asistía al armamento de sus carabelas, con las cuales partió de Palos, el viernes 3 de Agosto de 1492, con rumbo al Oeste, siempre al Oeste — en marcha de sol triunfante — con el convencimiento íntimo de su Victoria.

Después de las Islas Canarias, las carabelas entraron en el dominio de lo pavoroso. El sol — en lo alto — revelaba con líneas sin fin aquella inmensidad que pasmaba.

Los horizontes huían, y el mar rugía siempre en los flancos de las naves, que navegaban lentamente, como desanimadas después de tal atrevimiento.

Los marineros cambiaban sus esperanzas sobre la cubierta de las carabelas: esperanzas de renombre, de fortuna, de libertad, que eran un consuelo, en las largas horas del viaje, para las infinitas monotonías del alma.

Brisas cariñosas besaban las velas. Las avezadas marineras graznaban de popa á proa, como si escudriñaran la cubierta de los barcos.

Y Colon, á solas, marino y genio, se envolvía en las meditaciones hondas de su espíritu mientras clavaba su mirada en las lejanas filigranas del cielo, que allá entre ondulaciones azules, se perdían en lo alto.

Al Este, la Patria con sus alegrías íntimas, las costas rientes, el cielo salpicado de colores, brazos que llaman, ojos que lloran... Al Oeste, la duda sin solución; el adusto misterio envuelto en dédalo impenetrable; el magestuoso silencio de lo ignorado; la marcha lenta y monótona; un sol tras otro sol; una luna tras otra luna; el confin que se adelanta siempre sin límites de descanso; el mar que ruge y canta, los recuerdos y los desengaños, las dudas y las ilusiones, la muerte casi inevitable... ¡Como trabajaban aquellos cerebros, y sobre todo aquel cerebro en ese estúpido desafío, cuando ya habían jugado al destino lo que más amaban!

Los días se sucedían, y con ellos las impresiones. La aventura ya asustaba á aquellos hombres, y el temor se apoderaba de ellos. Colon los dominaba, más no los vencía. ¡También sentía que decaía su alma grande, que fortificábase con los halagos de su Genio, que á su lado, expléndido en su grandeza, le señalaba con rumbo de luz que rielaba en las aguas, la anhelada costa, allá oculta, allá dormida, en su hamaca de selvas... ¡la *Cypango* de los geógrafos; el punto rutilante de las cartas de Toscanelli, balanceándose entre las ondinias, encantadas por las melodías del mar!

Aves multicolores, desplegadas las alas, trinaban en sus oídos cánticos indecibles. Algas y gradinarias facetaban brillos esmeraldinos delante de sus ojos, y maderas talladas, girones de tablas en las que aparecían caracteres burilados por gigantes, jugueteaban junto á los barcos, que, lácias las velas, colgantes los oridamas y recogida la cruz, enseña de la conquista, seguían su marcha empujados por soplos ténues, como si el escondido señor de aquellas ondas no quisiera secundar las impacencias del navegante.

Adentro de las carabelas rugía la revuelta. Aquellos marineros y aquellos soldados, sentían el miedo. Córdoba y Granada no habían achicado aquellos pechos

en que se amoldaba el heroísmo. Pero esa navegación tarda, ese continuado andar entre el cielo y el agua, resbalándose en el abismo de lo desconocido, sin apoyo, sin socorros, les hacía ver la muerte por todos lados, encerrados en el círculo insalvable que los envolvía.

Brotaron los gritos airados; empezó á determinarse el deseo que todos escondían: volver á España: volver al puerto seguro. ¡Volver á España! oh, ilusos! ¿Y la Gloria? ¿Y el Renombre? ¿Y la Inmortalidad de vuestros hechos? No. El Almirante no volvería. El alma del navegante se expandió en los cielos, los investigó y vió que en ellos centelleaba la estrella de su fe, más bella que nunca, más luminosa, inundándolo de claridades misteriosas, en cuyo fondo distinguí, en líneas de fuego, dibujada por la mano de Dios, la tierra, el espejismo constante de su cerebro de pensador.

Desenvaináronse las espadas, mas Colon se impuso con su palabra profética, y les mostró los trozos de árboles que arrastraban las corrientes, las aves que anunciaban la llegada, una rama cargada de frutos y que parecía recién cortada... ¿qué más querían? ¿No veían á lo lejos que el horizonte se sombreaba? ¿No adivinaban que allí se dibujaba la tierra con festones grises? ¿No les revelaba nada el corazón?

Cayó la noche como una tregua.

El sueño calmó los ardores de la revuelta. Colon velaba. ¡Vigilia suprema! Su gran espíritu perdiéndose en la bóveda estrellada se abstraía, se transfiguraba, se bañaba en el éter...

Eran las diez de la noche del día 11 de Octubre, y con las primeras luminarias del día iba á abrirse la página más sublime del libro de la humanidad.

La inmortalidad coronaba ya esa cabeza soñadora, que se doblaba sobre el pecho partido por las congojas. Y cuando una claridad de día paradisíaco se esfumaba con toques temblorosos en la inmensidad; cuando las estrellas palidecían como celosas de la gloria que iba á estallar; cuando todo enmudecía: los murmullos del viento, las melodías de las olas, el concierto armonioso de los cielos con sus coros de estrellas y su sinfonía de astros, cuando todo dormía, en silencio magestuoso, en calma triunfal, retumbó con acento de odisea, de revelación heroica, de despertar grandioso, el cañón de la *Pinta*, á las tres de la mañana del 12 de Octubre, y el grito de: ¡Tierra! lanzado desde las carabelas como un tronar de epopeya, repercutió con eco de apoteosis en las montañas del continente, é iluminó con lujurante estallido de luz, las selvas en que dormía la virgen americana!...

Venga el estandarte, que se enclavó en los alcázares de Islam! Venga la enseña de los triunfos: la que flotó en Granada, la que cubrió el esfuerzo castellano en donde hubo necesidad de demostrarlo! Venga la oriflama de la Cruz, para levantarla sobre volcanes!

Y con ella en la diestra, Colón bajó á la isla de San Salvador, tomando posesión en nombre de sus Reyes de la tierra descubierta, mientras su mirada de águila, clavándose en el azul, trazaba para siempre la ruta que aseguraba á España el dominio del mundo, la eternidad de su raza, y la vibración secular de su heroísmo.

Cuatrocientos años después resalta en el marco enorme de la Historia, la figura del navegante entre las aclamaciones del Nuevo Mundo.

De Groenlandia al Cabo de Hornos, América está de fiesta. Y el canto de victoria estremece el Orbe.

Los indios de Cornwallis, con sus tays de ojos de lince y almas de acero: los legendarios Oneidas, los invencibles Toscaroras liban el licor de las venturosas realidades, y abandonan por un momento el surco que festonea las márgenes del Ontario, para oír, clavada la oreja en tierra, las notas de otros acordes que el viento les lleva del Sur, desde las cuencas de la Araucanía altiva, desde las cabañas del Puelche hercúleo, para formar la sinfonía mundial que en la altura vibra, como explosión apocalíptica de himnos, que ruedan desde los Alleghany hasta los Andes, para morir en las corrientes del Misisipi y del Plata con intensidad gigante.

Por do quier vence el hombre!...

América transformada en taller, oscurece el sol con el humo de sus fábricas; sus ríos que parecen mares, son arterias de ese organismo que, en el orgullo de su fuerza, contiene al rayo en la nube; —sus llanuras son trigales bendecidos por Dios; —sus bosques son templos del esfuerzo humano en los cuales el brazo se ejercita en tronchar siglos; —la electricidad vence al tiempo y lo encadena al fluido; —el pensamiento, como Prometeo libertado, sostiene en sus hombros la libertad y el derecho, forjando el tipo de la imprenta, y lanzándole al despotismo el anatema de su poder invencible; —braman los motores de la industria; —trituran los arados la tierra que dará la riqueza; —las distancias mueren delante del vapor: —se lanza el puente sobre el abismo — y se domina al empuje con la ciencia, en esa insaciable investigación del hombre, en esa inspiración siempre creciente del cerebro que mide, calcula, escala y vence sin que le asuste la altura, sin que le maree el vértigo: que el pensamiento es Dios, es su aliento, es la señal de su grandeza que se revela en su hechura, lo mismo con Franklin que domina el rayo, que en el fluido con Edison; que en el vapor con Malborough; que en la industria con Hamilton; que en el audaz volteo de los aires con Fugorson; que con Benito Juárez despicia el águila napoleónica con las haces del derecho; — que con Bolívar sostiene con sable fulmíneo la fraternidad americana; que con San Martín arroja al mundo el manejo de sus victorias; — que con Sarmiento y Varela siembra en el pueblo nuevas semillas de luz; que con las tablas de la Democracia, irradia la trilogía sublime del hombre sobre los viejos preconceptos; é impone el vasallaje al Niágara con la mano acerada de Stephenson, para llegar al límite, señalado á la inagotable iniciativa del aliento humano.

El Chimborazo y el Aconcagua rujen en sus cráteres con estallidos de fraguas volcánicas que son templadas con las armonías del Tequendama desenredando sus cascadas irisadas.

Los bosques despiden notas de cítaras, vibraciones perfumadas que el viento lleva á Europa, como cánticos de una naturaleza pura. Flotan por doquier los pabellones de todas las naciones, en fraternidad sublime....

Se apagan los motores de la industria, y el biceps del hombre, como agobiado de la lucha, descansa....

Y Colon, evocado por todos, surge en la Historia, como encarnación de la constancia y como revelación del Géni. Llena el Mundo con su nombre. Deidad gloriosa cuya ára mantiene perenne América, y cuyas claridades suben á las regiones inmortales, dibujando su silueta de luz perenne, que más brilla cuanto más se aleja!

LUIS CARDOSO CARVALLO.

LA AUTORIDAD COLORADA

PRONTOS PARA LA TAREA CÍVICA

Fué un acto hermoso y severo el realizado el día 8 de Octubre en el salón de *La Lira*, para elegir Comisión Directiva Nacional del Partido Colorado.

Todo concurría á dar solemnidad á la Asamblea: la saliente importancia de su objeto; la significación de los Delegados donde había representantes de todas las clases útiles, venerables soldados de la patria encanecidos al servicio de la divisa, comerciantes de respetabilidad, tribunos de justa fama, periodistas, industriales, hacendados — gente de todas las zonas que por servir á la causa concurría con patriótico desinterés al llamado de los compañeros de Montevideo, — y por fin el día clásico elegido para realizar el gran acto partidario, como demostrando que la política colorada mantenía á través del tiempo el postulado áureo del convenio del 51, como poniendo la organización de la fuerza partidaria bajo los auspicios de la fraternidad, — todo, en fin, concurría á dar á la Asamblea un aspecto impresionante de solemnidad severa.

La elección, cuyos sencillos detalles son conocidos ya por el país, estuvo en consonancia con la fisonomía moral de la Asamblea. De ella surgió, sin discrepancias, reunidas todas las voluntades en un propósito común, acallando toda razón personal que hubiera podido producir divergencias en aras de la unión, supremamente buscada para afianzar la veterana fuerza del Partido, — de ella surgió de una pieza, revestida de una autoridad nacional que nadie será osado á negarle de buena fe, esta

Comisión Directiva Nacional del Partido Colorado

Presidentes honorarios. — Doctor don José María Muñoz, don Tomás Gomensoro, doctor don Julio Herrera y Obes, teniente general don Máximo Tajés, teniente general don Luis Eduardo Pérez.

Presidente. — Don José Modesto Irisarri.

Primer vice. — Doctor don Lucas Herrera y Obes.

Segundo vice. — Doctor don Antonio María Rodríguez.

Secretarios. — Doctor don Miguel Perea, don Manuel Bernárdez, don Luis Cardoso Carvallo, doctor don Arturo Terra.

Vocales. — Doctor don Eduardo Chucarro, don Francisco Bauzá don Duncan Stewart, don Felipe H. Lacueva, don Alcides Montero, don Julio Lamarca, don Juan L. Cuestas, don Federico Capurro, doctor José L. Terra, don Juan M. Echeverrito, don Miguel G. Rodríguez, don Prudencio Ellauri, don Clodomiro de Arteaga, don Eduardo Lenzi, don Tulio Freire, don Juan A. Capurro, doctor don Juan Giribaldi Heguy, don Andrés Llovet, don Elias L. Devincenzi, don Braulio Lecueder, don José I. Marfetan, general Melitón Muñoz, don Héctor G. Lacueva, don Pedro E. Bauzá, don Manuel Carbajal, don Teófilo Díaz, don Pedro Varela, general don Ventura Rodríguez, don Eduardo Zorrilla, don Isidro Viaña, don Juan A. Turenne, don Delfino Baycé, don José E. Zaballa, general don Santos Arribio, don Nereo Pérez Montero, doctor don Alfredo Costa Gutierrez, don Conrado F. Rückert, don

Julio Sierra, don Pantaleón Cabral, don Rufino T. Domínguez, general don Gervasio Galarza, don Amaro Carve, don Juan Maza, doctor don Francisco Soca, doctor don José María Vilaza, don Francisco Fernández, general don José Villar, don Camilo Vila, don Eduardo Mac Eachen, don Liborio Echevarría, don Alejandro Canstatt, don Bernabé Quiñones, general don Sandalio Gimenez, doctor don Francisco L. Pittaluga, don Alfredo Nebel, don Emilio Avegno, don Tomás García Zúñiga, doctor don Julio Muró, general don Florencio Pacheco, ingeniero don José Serrato, don Carlos J. Arrué, doctor don Pedro Regules, don Francisco Baños, don Agustín Ruano, general don Gregorio Castro, don Martín Irisarri, doctor don Alvaro Pacheco, ingeniero don Carlos Honoré, doctor don Augusto Acosta y Lara, don Manuel Herrera y Obes, general don José Amuedo, don Eulogio de los Reyes, don José Gimenez, don Fernando Ríos Ximenez, doctor don Carlos Muñoz Anaya, general don Ramón Tabares, doctor don Gabriel Otero Mendoza, doctor don Juan B. Schiaffino.

Es con verdadera satisfacción patriótica que LA CRUZADA, después de la tarea cívica, saluda y facilita á los señores Delegados que de todas las regiones del país trajeron á la Asamblea del 8 el aliento poderoso y la voluntad soberana de nuestra gran colectividad política.

El Partido Colorado con su actitud activa y prestigiosa, con su actitud correcta y eficiente dentro de nuestra organización republicana, demuestra una vez más que tiene perfecta conciencia de sus grandes compromisos como entidad gubernamental, y que para afrontarlos, *no se abstiene*, ni ahorra trabajos, ni escatima sacrificios, siendo así consecuente con su conducta histórica, realizando así en la paz, en los tiempos tranquilos, su abnegado programa de los tiempos heroicos. Tampoco entonces, en aquellos tiempos duros, cuando era necesario pelear por el honor de la bandera, por la integridad de la república, tampoco entonces el Partido Colorado se abstuvo de su deber, ni esquivó sacrificios, ni mezquinó el holocausto de su sangre. Habríamos pues degenerado si hoyuviésemos pereza ó inconvenientes mezquinos para organizarnos y acudir á las urnas, cuando nuestros abuelos políticos no tuvieron jamás pereza para acudir, no á las urnas, á las armas, cuando era necesario preparar con el esfuerzo heroico el reinado de las instituciones, que á nosotros solo nos toca sustentar y perfeccionar con el ejercicio entusiasta constante de nuestros deberes políticos.

Para que quede constancia histórica en nuestra colección, de los hombres que en este ciclo electoral organizaron la alta autoridad del Partido, damos aquí los nombres de todos los delegados nombrados por las comisiones seccionales y por los departamentos:

Delegados Departamentales

DEPARTAMENTO DEL SALTO. — General don Gregorio Castro, don Agustín Alciaturi, don Héctor G. Lacueva, coronel don Feliciano Viera, don Antonio S. Correa.

DEPARTAMENTO DE PAYSANDÚ. — Doctor don Juan Giribaldi Heguy, don Clemente Apotheloz, doctor Julio Muró, don Delfino Baycé, don Pedro Etchebehere.

DEPARTAMENTO DEL DURAZNO.—Don Juan M. Echeverrito, don Justino F. Martínez, don Florentino Zequeira, don Tomás C. de Souza, don Otto Schultz.

DEPARTAMENTO DE SORIANO.—Don Julio Lamarca, don Bartolomé Sanguinetti, don José Isidoro Marfettán, Coronel don Demetrio Pereira, doctor don Francisco Milans Zabaleta.

DEPARTAMENTO DE SAN JOSÉ.—General don Ramón Tabares, Senador doctor don Lúcas Herrera y Obes, don Estéban F. Bove, don Andrés Llovet, don Martín Irisarri.

DEPARTAMENTO DE RIVERA.—Don Francisco Baños, don Joaquín D. Fajardo, don Alfredo Nebel, don José M. Peñalva, don Agustín Ortega.

DEPARTAMENTO DE RÍO NEGRO.—Don Francisco Bauzá, Coronel don Elías Borches, doctor don Miguel Perea, doctor don Gabriel Terra, don Roque Monfort.

DEPARTAMENTO DE ROCHA.—Don Eduardo Zorrilla, don Pedro Lapeyre, don Juan A. Capurro, don Juan J. Pezzolo, Coronel don Fructuoso Olivera.

DEPARTAMENTO DE MALDONADO.—Don Juan de Dios Devincenzi, don José Carlos Moreno, don Elías L. Devincenzi, don Raimundo Viera, don Fernando A. Plá.

DEPARTAMENTO DE CERRO-LARGO.—Doctor don Antonio M. Rodríguez, don Osvaldo Cervetti, don Tomás García Zúñiga, General don José Amuedo, don Francisco Baños.

DEPARTAMENTO DE ARTIGAS.—Don Amaro Carve, don Braulio Lecueder, don Francisco Baños, don Manuel Bastos (hijo), don Pablo Zufriategui.

DEPARTAMENTO DE CANELONES.—Don Eduardo Lenzi, General don Melitón Muñoz, don Pedro Varela, don Froilán Vázquez Ledesma, don Isidro Viaña.

DEPARTAMENTO DE TACUAREMBO.—Doctor don Alfredo Costa Gutiérrez, Coronel don Juan Domingo López, don Manuel P. Christy, doctor don Ricardo Acosta, doctor don Fructuoso Pittaluga.

DEPARTAMENTO DE LA FLORIDA.—Don Leopoldo Mendoza, don Alfredo González Paz, don Fortunato Vidal, don Lisandro Calleros, don Eduardo Casanova.

DEPARTAMENTO DE MINAS.—Don Carlos de Castro (hijo), don Juan M. Idiarte Borda, Coronel don Francisco Montero, don José Melogno, doctor don Damián Vivas Cerantes.

DEPARTAMENTO DE FLORES.—Coronel don Juan Marcos García, don Alcides Montero, don Federico Capurro, Teniente Coronel don Florismán Carbajal, don Pedro M. Baraibar.

DEPARTAMENTO DE LA COLONIA.—Don Manuel Carbajal, don Francisco Baños, doctor don Francisco Socca, General don Santos Arribio, don Conrado Rücker.

DEPARTAMENTO DE TREINTA Y TRES.—General don Nicomedes Castro, don Francisco García y Santos don Emilio Avegno, doctor don Julio Magariños Rocca, y don Fernando Ríos Ximénez.

DEPARTAMENTO DE MONTEVIDEO

Club colorado de la 1.ª sección.—Don Duncan Stewart, don Felipe H. Lacueva, don Eduardo Zorrilla.

Club colorado General César Díaz (2.ª sección).—Don Alcides Montero, doctor don Lucas Herrera y Obes, don Carlos Justino Arrúe.

Club colorado Defensa (3.ª sección).—Don Prudencio Ellauri, don José E. Zaballa, don Nereo Pérez Montero.

Club colorado Coquimbo (4.ª sección).—Doctor don Antonio María Rodríguez, don Julio Sierra, don Liborio Echevarría.

Club colorado Libertad (5.ª sección).—Don José Modesto Irisarri, don Eduardo Lenzi, don Juan Maza.

Club colorado Francisco Tujes (6.ª sección).—Don Héctor Echagüe, don Olegario Navas, don Santiago Barrabino.

Club colorado General Fructuoso Rivera (7.ª sección).—Doctor Gabriel Honoré, don José Isidoro Marfettán, don Sebastián Baycé.

Club colorado Doctor José E. Ellauri (8.ª sección).—Don Eulogio Taborda, don Román R. Rojí, don Constante A. Capurro.

Club colorado Melchor Pacheco y Obes (9.ª sección).—Don Francisco Fernández, don Ernesto Paccard, don Conrado F. Rücker.

Club colorado General Artigas (10.ª sección).—Don Antonio Pedemonte, don Félix Laborde, don Pablo Amaya.

Club colorado Teniente Coronel Eugenio C. Abella (11.ª sección).—Don Juan Carrara, don Pantaleón Cabral, don Carlos E. Saraví.

Club colorado General Freire (12.ª sección).—Don Francisco Medina, don Pedro Lamy y Dupuy, don Joaquín Viera.

Club colorado General Fraga (13.ª y 16.ª sección).—Doctor Miguel Perea, don Luis Cardoso Carvalho, don Dionisio Burgos.

Club colorado Joaquín Suárez (14.ª sección).—Don Alejandro Canstatt, don Bernabé Quiñones, don Manuel C. de la Bandera.

Club colorado general Francisco Caraballo (15.ª sección).—Don José F. Díaz, don Federico Nin y Aguilar, don J. Perez.

Club colorado general Enrique Castro (17.ª sección).—Ingeniero José Serrato, doctor don Juan B. Schiaffino, ingeniero Andrés Llovet.

Club colorado coronel Iruña (18.ª sección).—Don Francisco Mancebo, don Tomás García Zúñiga, don Manuel Bernárdez.

Club colorado Cruzada Libertadora (19.ª sección).—Don Francisco Cazzola, don Manuel Carbajal, don L. R. Perichón.

Club colorado doctor Manuel Herrera y Obes (20.ª sección).—Don Medardo Costa, don Juan Alberto de la Bandera, don Abelardo R. Nogueira.

Club colorado Cagancha (21.ª sección).—Don Héctor G. Lacueva, doctor don Juan B. Schiaffino, don Fructuoso L. Rodríguez.

Los colorados de la Asamblea del 8 han cumplido su misión á conciencia. Pueden volver tranquilos á sus clubs los correligionarios de la capital; pueden volver tranquilos á sus departamentos los compañeros que trajeron á la gran Asamblea partidaria la voluntad superior de la campaña; pueden retornar todos con la alta confianza de que la alta autoridad política que consagraron con su honrado albedrío, poniéndola bajo la presidencia de un ciudadano patriota, de un colorado de corazón, ha de responder dignamente á las expectativas nacionales y á las justas esperanzas del Partido, trabajando con sensatez patriótica y poniendo sobre todos los intereses, el honor de la divisa y el interés supremo de la República.

ANIVERSARIO DE OCTUBRE

SARANDÍ!

Un día solemne de la Patria. Es hoy el septagésimo primer aniversario de la batalla empeñada en la costa del Sarandí, entre las fuerzas orientales al mando de los generales Lavalleja y Rivera y un cuerpo del ejército invasor dirigido por el coronel Bentos Manuel.

Este triunfo demostró al Directorio de Buenos Aires que la invasión patriota no era una tentativa aislada, sin apoyos morales y materiales, como se creía, sino el imponente pronunciamiento de todo un pueblo que, erguido bajo el yugo, solo esperaba el chispazo de una guerrera inspiración para declararse abiertamente en rebelión y consagrar sus fueros y derechos á punta de lanza y filo de sable; y fué el punto de partida de la reconquista del suelo patrio, aunque en buena filosofía histórica la fuerza moral triunfante en el *Rincón*, es el impulso poderoso de la victoria material de *Sarandí*, y ésta, á través de diez y ocho días de marchas y contramarchas, es la carga complementaria de las dos del 24 de Septiembre.

Esta victoria, dió lugar á un movimiento de opinión en el pueblo argentino, en el que entraron hasta los más recalcitrantes opositores á la autonomía de la Provincia Oriental, obligando á las cabezas dirigentes á inmiscuirse en los asuntos uruguayos y hacer inclinar el fiel de la balanza en la contienda á favor del altivo pueblo que prefería la extinción de la raza al yugo extranjero. La nación argentina borró con un rasgo espontáneo y simpático su conducta, hasta ese día poco generosa, y los hombres que habían escalado juntos la cordillera de los Andes para quebrantar el poder de un rey, volvieron á ser camaradas, y salvaron el abismo de las discordias y los odios, ante el peligro común que importaba la política absorbente y oligárquica de un emperador.

La batalla de Sarandí, pues, fué un hecho de gran trascendencia histórica y tuvo mucha importancia como victoria militar, pues se recogió en ella el ópimo fruto de la dispersión completa de una importante y bien organizada fracción del ejército brasileiro.

Obtenida la victoria del *Rincón* se activó la prosecución de la campaña reuniendo los elementos dispersos y organizándolos á toda prisa; efectuada la concentración de las divisiones patriotas, entre ellas la del general Rivera que aportó el contingente de armas y pertrechos conquistados en el combate del *Rincón de Haedo*, el ejército tuvo un total de dos mil hombres, próximamente, que presentaban un aspecto imponente por su decisión y entusiasmo, ya que no por su fuerza numérica ó armamento.

Una división brasileira, fuerte de dos mil doscientos hombres, bien armada y equipada, al mando del coronel Bentos Manuel, se aproximó á los republicanos que en el acto formaron su línea de batalla, después de mudar de caballos. El campo que sirvió de teatro del combate era completamente llano, sin obstáculos ni accidentes, de manera que ambos contendores pudieron desplegar desde el primer momento todas sus tropas y maniobrar perfectamente, sin condenar á la inacción un solo soldado. Ambos ejércitos, compuestos en casi su totalidad de caballería, tuvieron, pues, un campo apropiado, con solo una desventaja para los republicanos: tener un arroyo á espaldas de la línea.

Los brasileiros cambiaron también de caballos y luego al toque de "á degliello", toque formidable que hace

erizar el cabello, cargaron al galope, en un extensa línea, cuyas alas dominaban los flancos del ejército patriota; cuando ya estaban á trescientos metros, una voz vibrante, la de Lavalleja, ordenó cargar, pronunciando una frase que no fué voz táctica pero que resultó victoriosa: "carabina á la espalda y sable en mano." Arremetieron los orientales y fueron recibidos por una violenta descarga hecha por todas las fuerzas contrarias que, al ver iniciarse el contrataque se habían detenido. El ejército patriota, que aunque faltó de la cohesión que imprimen los lazos de la férrea disciplina, sabía conservar la serenidad necesaria para afrontar el peligro de los momentos supremos, sufrió impávidamente el fuego y siguió avanzando hacia el enemigo, que pudo contemplar el espectáculo soberbio de dos mil sables amenazantes, cuyas hojas despedían vigorosos reflejos metálicos á cada movimiento del brazo de los jinetes que los empujaban.

El general Rivera, el Murat de las cargas de *Rincón*, mandaba el ala derecha y con sus valerosos dragones, su guardia vieja, destruyó el costado izquierdo de la línea brasileira donde el coronel Bentos Manuel, que conocía las dotes de cargador del gran caudillo, había agrupado sus mejores elementos. Rivera entró como siempre, dominante, con la expresión riente que imprimía en su fisonomía de enérgicos perfiles la vista del peligro, y su carga fué irresistible, pujante; su división pasó á través de las filas brasileñas, como el espólon de un acorazado á través del endeble buque de madera y sableó de tal manera el ala izquierda que la arrojó sobre el centro, al cual llevó la confusión preliminar de la derrota.

El coronel Bentos Manuel, jefe de caballería muy experimentado, no se desalentó por aquel primer desastre, y replegó sus tropas en el orden concentrado para oponer más resistencia á las cargas de las alas de caballería patriota; pero en aquel instante la acción pujante de Lavalleja se hizo sentir sobre el centro, al tiempo que Rivera, continuando en su avance, empezaba á sablear las masas por un flanco. Los escuadrones imperialistas empezaron á remolinear ante aquel ángulo de sables y desde aquel instante la derrota se inició.

El ejército brasileiro, perdida ya la moral ante la inminencia del desastre, se dislocó por completo en su sistema constitutivo de fuerza y los tropes desordenados de la huida subsiguieron á las bien llevadas cargas del combate.

Los clarines modularon las notas briosas de la diana triunfal, anunciando la victoria de la buena causa á todos los que presenciaban la resurrección de un pueblo, en tanto que el general Rivera, incansable, férreo, perseguido con sus dragones los restos del ejército enemigo.

Bien hechas están las cosas cuando dan buen resultado y por ello *Sarandí* está fuera de todo juicio histórico, aun teniendo en cuenta las condiciones en que fué librada; pero encarada la cuestión bajo el punto de vista militar, juzgando con el criterio frío é imparcial del soldado, puede conocerse el grave error cometido al librar un combate que á resultar derrota, hubiera asegurado para siempre el poder invasor ó por lo menos hubiera retardado por muchos años la tan deseada independencia del pueblo oriental. Y es el error, las circunstancias en que entró el ejército republicano en pelea, mal armado, inferior en número, defectuoso en organización y disciplina, mal dispuesto con arreglo á reglas tácticas y con la inmensa desventaja estratégica de tener á las espaldas una corriente de agua.

Si la carga patriota hubiera sido, no ya rechazada, sino solamente bien recibida, si Rivera no hubiera con-

seguido tan prontamente doblar una fuerza dos veces más poderosa que la suya, ni siquiera una honrosa retirada hubiérase podido tentar. Todo se hubiese perdido.

En síntesis, *Sarandí*, como triunfo da la medida de la audacia y valor de Lavalleja: *Sarandí*, en caso de derrota, hubiera dado á conocer terminantemente la falta de disposiciones, como general, del Jefe de los Treinta y Tres.

ENRIQUE PATIÑO (HIJO).

(Subteniente.)

8 DE OCTUBRE

DOCUMENTOS PATRIÓTICOS

La gran fecha histórica ha dado motivo á los sobrevivientes de la Defensa para realizar un acto tan simpático como justiciero, elevando al primer magistrado de la República la nota que más abajo publicamos, dignamente contestada por el señor Presidente Idiarte Borda. El espíritu del Jefe del Estado ha de haberse sentido feliz y confortado ante esa desinteresada y nobilísima sanción de su política, pronunciada por hombres que, como ellos mismos lo dicen con severa elocuencia en su hermosa salutación, "peleando por la libertad aprendieron á amar á la verdad y á rendir á la justicia el culto rudo y sencillo de sus creencias patrióticas."

Entregamos á la meditación de ciertos temperamentos ofuscados por la pasión política esos dos importantes documentos.

CARTA DE LOS SOBREVIVIENTES DE LA DEFENSA

Montevideo, 8 de Octubre de 1896.

Excmo. señor Presidente de la República don Juan Idiarte Borda.

Excmo. señor:

Cumplen hoy 45 años de la fecha memorable y excelsa de nuestra historia, en que aquel Gran Ciudadano que vuestro justiciero Gobierno ha elevado sobre el alto pedestal del agradecimiento de la nación — el venerable Joaquín Suárez — pudo decir, con austera alegría patriótica: "*Gracias á Dios! Hemos vencido á Rosas! Ahora ya puedo morir tranquilo!*"

Los que hemos tenido la suerte de ser testigos y actores, aunque oscuros y humildes, en aquellos grandes y heroicos hechos, que tan alta pusieron en el mundo civilizado la fama de nuestra nación, pasamos muchos años, señor Presidente, en que creíamos que aquellos sacrificios de la patria, que aquella abnegación caballerescas de los hombres antiguos, que los llevaba á pelear sin descanso y sin ayuda contra los enemigos de la civilización y de la libertad de toda esta región del continente, que todas aquellas jornadas, aquellos heroísmos, aquellos holocaustos, iban á quedar perdidos, desconocidos por la ingratitud de la gente nueva, engreída con los progresos y las glorias de su patria, pero poco cuidadosa tal vez (pensábamos nosotros) de la sangre y el valor y la constancia que fueron preciosos para conquistarlos.

La acción enemiga de nuestro adversario histórico, el Partido Blanco, que encarnaba en la Guerra Grande la barbarie sangrienta de la política de Rosas, depri-

mía también con saña las glorias nacionales que solo al denuedo, á la abnegación y al esfuerzo del Partido Colorado eran debidas. Y por todo esto, hondas inquietudes agobiaban nuestro espíritu, pensando con tristeza que los nietos ya no eran dignos de los abuelos.

Es por esto señor, que la actitud piadosa y patriótica de vuestro Gobierno, levantando del olvido la gran figura de don Joaquín Suárez, sacando del legajo revuelto de nuestra historia la página inmortal de la Defensa para que el pueblo la leyera de nuevo y de nuevo se sintiera con ella fortalecido y grande, y acordando finalmente un premio moral, una medalla, un modesto recuerdo para los sobrevivientes de aquellos heroicos tiempos — todos esos actos que demuestran amor á las glorias de la patria y respeto á las santas tradiciones del Partido Colorado, todo eso que acredita en el Presidente de la nación un propósito elevado de consagrar con sus hechos la política fraternal que en tal día como hoy quedó escrita en el pacto que puso término á la Guerra Grande, todo eso que venía á probar que nada se había perdido de los viejos sacrificios, que la patria nunca es ingrata, todo eso movió de una manera grata nuestros leales corazones de soldados y nos inspiró una franca simpatía para el gobernante que así sabía honrar las grandes tradiciones de nuestro Partido, sacando de su historia hombres gloriosos y hechos gigantescos que antes fueron asombro de América, para que hoy sean espejo y ejemplo de las generaciones nuevas.

Es por tales antecedentes que os honran y os levantan, señor Presidente, que estos viejos soldados de la Defensa, en día inolvidable para ella, os traen su saludo, que poco significará, pero que será bien apreciado, sin duda, por el Gobernante, como una manifestación espontánea de hombres que peleando por la libertad aprendieron á amar á la verdad y á rendir á la justicia el culto rudo y sencillo de sus creencias patrióticas.

Ventura Rodríguez, general de división. — Simón Martínez, general de división. — Nicomedes Castro, general de brigada. — José María Muñoz. — Salvador Larrobla, coronel. — Eduardo Dubroca, coronel. — José María Rodríguez, teniente coronel. — Ramón Tabares, general de brigada. — Isidro Tabares, coronel. — Floro A. Madriaga, sargento mayor. — Manuel Echevarría, teniente coronel. — Simón Rodríguez, capitán. — Agustín Berón, capitán. — Leopoldo Gard. — Adolfo Navajas. — Luis Viera, coronel. — Pedro Zás. — Sandalio Giménez, general. — Antonio Pedemonte.

CONTESTACIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Montevideo, Octubre 8 de 1896.

A los defensores de Montevideo.

Señores Simón Martínez, Ventura Rodríguez, Nicomedes Castro, José M. Muñoz, Salvador Larrobla, F. González, E. Dubroca, José M. Rodríguez, Ramón Tabares, Isidro Tabares, Floro A. Madriaga, Manuel Echevarría, Simón Rodríguez, Agustín Berón, Leopoldo Gard, Adolfo Navajas, Luis Viera, Pedro Zás, Sandalio Giménez y Antonio Pedemonte.

Estimados señores y amigos:

No puedo disimular á Vds. la impresión patriótica que ha producido en mi ánimo la nota que se han

servido dirigirme en ocasión del grandioso aniversario que rememora la Defensa de Montevideo cuya titánica lucha terminó hace hoy 45 años.

Tocó á ustedes la gloria de ser testigos y actores en aquella legendaria epopeya, y con razón pueden ustedes sentirse orgullosos de la obra realizada por aquel esfuerzo heroico, que atajó la invasión de la tiranía á las puertas de Montevideo y libró de su opresión á un pueblo hermano.

La simiente puesta en surco y regada con tanta sangre ha sido fecunda porque ha educado á las generaciones en el culto de la libertad y del amor á la Patria y ha afirmado el imperio de las instituciones, dentro de cuyo ejercicio hay campo para todos los ideales y se labra seguramente el bienestar común.

La estatua erigida á Joaquín Suárez bajo los auspicios de mi gobierno, es testimonio elocuente del fervor con que el sentimiento nacional aprecia la memoria de sus grandes servidores, y por mi parte me sentiré siempre orgulloso de haber sido uno de los promotores de su erección y el ejecutor de tan patriótica iniciativa, dirigida á solventar una deuda de gratitud póstuma hacia todos los que con su sangre y su valor afianzaron en Montevideo la conquistada independencia de la patria.

Al retribuir á ustedes los atentos saludos que en mi persona dirigen al Jefe del Estado, hago votos sinceros porque el ejemplo, cuyo recuerdo acaban ustedes de evocar, cunda en las generaciones presentes y venideras y sea inspiración generosa de acrisoladas virtudes cívicas para el mayor bienestar y el mejor porvenir material y moral de nuestra querida Patria.

Reciban ustedes las seguridades de toda mi consideración y aprecio.

JUAN IDIARTE BORDA.

COLUMBIA

(FRAGMENTO)

.....
Grave, lento el andar, meditabundo,
Inspirando á la vez iras y asombros,
De firme voz y adolorido ceño,
Cual si sintiera ya sobre los hombros
El formidable peso de su mundo,
El viejo soñador marcha á su sueño.
El es el destinado, y Dios lo sabe.
Hable Dios! calle el mar! paso á la nave!
¿No está el mundo?... Estará! Si no estuviera,
Para premiar tal fé y audacia tanta,
De los abismos de la mar surgiera!....

Más ya huella su planta
La virgen playa; el de Isabel levanta,
Invencible pendón,—y ya resuelta
Del globo la unidad, que el héroe ignora,
Vuelve al Oriente la atrevida prora,
En la triunfante vuelta.
Como la aureola de una testa santa
Orna su frente un círculo de gloria;
Las marinas legiones
De crinados tritones
Echando fuera el pecho le miraban,
Y en sus torcidas trompas resoplaban
Bramidos de victoria,

Cuyos broncos acentos,
Cabaigando los vientos
Que, al chocar en la velas, resollantes,
Inflamaban sus vientres, con caricias
De lascivos amantes,
Conducían la insólita noticia
A las playas ibéricas, distantes.
La noticia que el viejo victorioso,
Con una mezcla extraña
De gratitud, de audacia, de cariño,
Magnífico y triunfal como un coloso,
Ingenuo como un niño,
Iba á dar, elocuente y respetuoso
A la austera Isabel. "Reina de España"
Dice, sin ver que su pupila huraña
Que sondeó el porvenir, se anubla y llora:
"La químera á mis pies cayó vencida;
¡Vos fuisteis, que no yo, la vencedora!
Por vos mi sueño fué, surgió á la vida,
Y el sueño es para vos: tened, señora!
Es todo vuestro! saben el camino
Las naves y el valor: siempre á Occidente!
Donde se pone el sol, un gran destino
Se alza, como otro sol, sobre la frente!
Y allá un eterno azul en los espacios!
Las regiones de Ofir, maravillosas!
El oro, en ríos! montes de topacios,
Y almas ingenuas, gentes candorosas,
Que gozan, de la selva en los palacios,
La santa mansedumbre de las cosas!"

"Este pueblo viril y valeroso,
Que ora en eterno batallar ansioso
Su inextinguible actividad expande,
Tiene bajo aquel cielo religioso
Campos de flores donde ser dichoso,
Donde vivir en paz! donde ser grande!
Allí del torvo genio de la guerra
El resonante grito no se escucha:
Vuela el germen fecundo, cae en tierra,
Prende y revienta en flor: todo sin lucha!
Allí solo es preciso
Amor! Tan solo amor! Sobre el desnudo
Para triunfar! Sumiso
Se entrega el encantado paraíso
Sin esquivar ni miedo
Al grito victorioso del coraje,
Que sonríe y se amansa
Al sentir el candor con que descansa
Aquel mundo infantil! Y se anda quedo
Para gozar el himno de los picos
Vibrando en la espesura del ramaje,
Y la brisa balsámica y salvaje
Que agitando invisibles abanicos
Como un soplo de amor besa la frente,
Y mueve blandamente
Las verdes cañas de cabezas blondas,
Como un piélago de ondas
Tocadas por los rayos del poniente!"

"La cimitarra de Almanzor desnuda
No más la espada de la cruz contrasta.
Y aguarda el Porvenir! Rauda y aguda
La quilla de las naves españolas
Vuele cortando la barrera de olas,
Y el rojo pabellón fatigue el asta,
Suelto al rencor del vendaval marino,
En busca del camino
Que sigue el rumbo de la tierra casta!"

Y llévele su afán la noble ciencia;
 Su defensa y su gloria el estandarte;
 La radiante palabra su elocuencia,
 El trabajo su pan, su luz el arte,
 La fé sus fuerzas, y el amor sus lazos!
 La redentora cruz tienda los brazos
 Y cobije con ellos la inocencia
 De aquella tierra, donde todo es bueno,

Todo dulce y sereno,
 Todo lleno de gracia!

De aquel mundo que late como un seno
 Bajo el fogoso beso de la audacia!
 Donde vivir es una dulce suerte
 Y no es pena morir! Hay en la muerte
 Una actitud de actividad dormida:
 A lo grande, á lo trágico, á lo fuerte,
 A lo dulce, á lo hermoso, á lo pequeño,
 Al sauce triste y á la cierva herida,
 Los vi salir de la risueña vida
 Y descansar en la tranquila muerte
 Sin otra pena que cambiar de sueño!
 Llenan bosques cien veces seculares
 Nubes de aves de vívidos matices
 Y cálidos cantares!

Llameando de pasión mueren felices
 Los rápidos insectos febricantes
 Entre los viejos árboles durmientes,
 Gigantes con raíces

Que levantan la pompa de sus frentes
 A la montaña que el azul recorta,
 Por donde el río, como enorme aorta
 Del salvaje organismo

Baja, latiendo, en efusión de plata:
 Choca en la peña que su marcha corta,
 Ruge, espumea, y roto en catarata,
 Con salto colosal rueda al abismo;
 Del abismo resurge á la campiña,
 Su tocado de flores desaliña

Enarbolando el fris
 Como un pendón de estrago,
 Hasta que al fin, vencido
 Por su propia violencia,

Turbando el sueño de cristal del lago
 Que retrata al azul vasto y bruñido,
 Se va á tender con plácida indolencia
 A los pies de los árboles aduncos,

Y se queda dormido,

En un tranquilo sueño de inocencia,
 Sobre el movable lecho de los juncos!"

.....

.....

Mientras el viejo, con su voz pausada,

A la Europa asombrada

La colosal empresa refería,
 En su cuna de fueus, encantada,
 El infante del mar, se estremecía.
 Es que miraba absorto, realizada
 Una antigua y oscura profecía
 Que por la voz de su guardián sabía,
 Del anciano Urunday.

Cuando tres naves,

Con rauda vuelo de aves

Que tocasen á un punto el mar y el cielo,

Replegando su vuelo

En la noche, cantaron á la aurora

Cantos llenos de fuerza y entusiasmo,

De la selva la música sonora

Calló, escuchando aquel cantar con pasmo.

El ídolo ventruado,

En su estulticia de peñasco mudo

Se estremeció: y el río

Se detuvo á escuchar. Algo violento,

Yo no sé qué de trágico y sombrío

Corrió por la extension: el sentimiento

De ansiosa expectación, que es en el hombre

Como un temblor de frío,

Fué en el volcán como un sacudimiento;

El indio echó á reir maravillado,

La flor quedose sin beber rocío,

La fiera olió peligros en el viento,

Oyó contar su esclavitud á la ola,

Y gacha la cabeza,

Azotando los troncos con la cola

Se internó en la maleza,

Mientras el Cóndor, el señor del monte,

Que ve con ansiedad entre la bruma

Las tres naves surgir en la mañana

Recortando el azul del horizonte,

Queda atónito: ni osa

Dar su guerrero grito: y sin que vuelva

De su estupor, el ala poderosa

Bate, que al viento en la carrera gana,

Y con ronco clamor busca en la selva

Al anciano Urunday, de frente cana.

El árbol, grande, trágico, severo

Como un antiguo Druida,

Formidable y austero,

Enorme y venerado, — de corteza

Atezada y de copa saucida

Del huracán por la tenaz fiera,

Tendió al ave una rama. Suspendiendo

Con un signo el estruendo

Formado por el coro de congojas,

Suspiros y querellas

Que cantaban las aves y las hojas

Al manantial, y el manantial á ellas,

Oyó el árbol al Cóndor, que decía

Algo insólito: hablaba arrebatado,

Con tales gritos, como de ira acerva,

Que hasta un tallo de yerba

Temió, sin comprender por qué temía:

Y cuando el Cóndor silenció, crispado

Sobre la rama el puño, consternado

Murmuró el Urunday: "Ya lo sabía!

"Van años, van mil años"

El árbol continuó — "desde aquel día";

La primer savia hervía en mi corteza,

Y mi altiva cabeza,

Nido de sueños, pájaros extraños,

Como un flotante anhelo,

Como una aspiración, se alzaba al cielo.

Iba la tarde. Súbito los aires,

En la calma estival adormecidos,

Echaron á volar despavoridos:

Se oyó el fragor de un poderoso vuelo,

Pero tan colosal, como si un monte

Arrancase á galope por el llano,

Y nubló el horizonte

Un ave de aletazo soberano,

Superior en estrépito al rugido

De veinte toros irritados, — traza

Círculo enorme, y de tal modo aterra

Su aparición, que todo el bosque, herido

De invencible pavor, vino por tierra.

Tan solo yo, que por virtud de raza

No me puedo doblar, y nunca cedo,

Logré vencer el miedo
Y aguantarme de pie: serenamente
El ave se abatió sobre mi frente
Y se posó en la rama en que te posas.
Era así como tú, pero gigante;
Era de garra, como tú, pujante,
Y de enar cadas alas poderosas.

"Pasó la noche, y cuando luminosas
Vistióse el cielo las primeras galas
De su atavío matinal, el ave

Despertó. Abrió las alas,
Parpadeó, dilatando la pupila,
Y con vuelo suave

Dejó mi rama y se lanzó tranquila,
Bogando en el azul. Una ansia inmensa
De conocer su trágico misterio
Conmovió mis recónditas raíces,
Y le grité con calculado imperio:

"Ave caudal! con tu silencio dices
"Que nada debes al asilo! Piensa
"En tu grandeza tú, gigante alada,
"Que en la noche estrellada

"El árbol, solo, pensará en la ofensa!"
Se detuvo suspensa:

Vaciló, se volvió y abatió el vuelo.
"Atiende," dijo, "colmaré tu anhelo,
"Aunque tu hostil curiosidad me ofende,
"Que es la hospitalidad hija del cielo,
"Y quién pregunta á quién la dá, la vende.

"Sabe que has dado asilo
"Al águila de un dios, de cuya mano
"Suspenso el mundo, dormitó intranquilo.
"Desde hoy está despierto!

"Despierto está también el genio humano
"Y ya no dormiré! Mi dios ha muerto,
"Y yo, maldita, voy buscando nido
"Más allá de los montes y los mares
"En el distante reino del Olvido,

"Donde eleva el vencido
"Los últimos altares!
"Otro dios se levanta! Con un leño
"En cruz, rije y gobierna
"A las humanas turbas, ya sin sueño,
"Que se aperciben á una marcha eterna!

Y escalan la montaña,
Inundan el desierto y lo dominan,
Y con fijeza extraña

A yo no sé que rumbo se encaminan!
"Y el leño, como un sino,

"Los llama sin cesar, y los alienta,
"Y ellos siguen y siguen su camino
"Flajelada la faz por la tormenta,

"Y la tierra les falta, y denodados,
"Los genios tutelares de la raza
"Piden al mar senderos ignorados!

"El mar, titán celoso, los rechaza,
"Escondiendo este mundo -paraíso,
"Donde su amor salvaje se recrea,

"Pero la raza llegará! es preciso!
"No es obstáculo el mar para la idea!

"Pronto tendrá tu misterioso mundo
"El fuego que heredó de Prometeo,

"Fuego ardiente y voraz como el deseo,
"Doloroso y fecundo,

"Pan del esclavo, libertad del reo,
"Ariete colosal de los baluartes

"Que guardan tiranías! Los rencores,
"Tremolando sus rojos estandartes

"En falanges vendrán,—y como flores
"De sufrimiento, se abrirán las artes!

"Tú has querido saber de dónde vengo,

"Y yo te dejo del dolor que tengo

"Este poco de hiel. Del desterrado

"El pan es duro y la bebida amarga!

"Sabe que el signo vencerá, y alzado

"Sobre el mundo ha de ser. Te he confiado

"Este misterio, que será tu carga.

"Guárdala y duerme! Duerme resignado

"Tu lenta noche, que será muy larga, —

"Hasta que venga el que tendrá la clave

"Del pavoroso enigma:

"Aun no ha nacido, pero ya lo sabe."

Tal dijo, y luego, con volar pausado

Se elevó. Bajo el peso del estigma,

"Hombre será?" grité. "*Será hombre y ave*"

Dijo, y soltando el huracán del vuelo,

Para siempre se hundió, soberbia y grave,

Bajo la azul tranquilidad del cielo!"

M. BERNÁRDEZ.

MÍAS

Y DE USTEDES!

¿Sabéis donde vive el alma de Dios, cuando baja á la tierra?... En el corazón de los niños!... Por eso cada padre dice que tiene un ángel en su casa.

Élla, que jugaba ayer á las *visitas* con un sombrero viejo sobre la cabeza, se le enojó fuerte al *bandido* del hermano, que entró á la sala de la abuela, tirándole de los guantes á las *señoras*, que se habían sentado en las sillas, como en un precipicio, en momentos en que cumplían la etiqueta preguntando por el *nene*!

Felicidad paternal, es tener siempre un hijo sano que al volver al hogar, después de 5 horas diarias de ausencia, salga á recibirnos alzándose en puntitas de pies, para que le demos un beso fuerte en la frente.

Todos los dolores humanos son una simple queja, al lado del cuadro de una hijita enferma, que frente á una madre convencida amargamente del desastre, ve que ella la mira y le dice señalándose la cabeza: *Mamá, me duele aquí!*

Cuco es un hombre negro que vive debajo de las camas, y echa la garra sobre los niños traviesos. Una noche lo asustaron con este terrible personaje y él, que no tenía miedo á los trenes que matan, no se pudo dormir, angustiado por el miedo á aquel delegado oscuro que traía encargos del Diabolo! y que venía á llevarse!

LUIS MAESO.

CRONICAS DE LA GUERRA GRANDE

EL EJÉRCITO EN CAMPAÑA

(Del archivo de un veterano, el Sargento Mayor Luis Antequera, meritorio servidor de la Defensa, extraemos estos apuntes inéditos que serán oídos con interés por los que en aquella gloriosa época ven la consolidación definitiva de nuestra nacionalidad).

En el año de 1846, tuvo lugar entre nosotros la revolución de *Pachequistas* y *Riveristas* con el enemigo común al frente (anarquía de todos los tiempos en el seno de nuestro partido y de sus sagrados principios liberales); triunfa la fracción riverista; desembarca el general Rivera de á bordo, donde en cierto modo se hallaba detenido por los acontecimientos de la época á su llegada del Brasil; vuelta á la tranquilidad nuestra turbulenta plaza de guerra, y de acuerdo con el gobierno, se resuelve formar un nuevo plantel de ejército sacado de la Capital, para operar nuevamente en campaña á las órdenes del mismo general.

Ese plantel se forma con el 4.º de Línea, al que le quitan su orden numérico sustituyéndolo por 1.º, al mando del coronel Labandera, y esto en conmemoración al de igual número que había sucumbido en la batalla del Arroyo Grande el 26 de Diciembre de 1842; un contingente voluntario de 140 á 150 hombres, entresacado del Regimiento de Cazadores Vascos, organizando con él dos compañías al mando de los capitanes Ritou y Souberan, mandándolo en jefe el primero por su antigüedad; unos restos de la División Flores con su mismo jefe; un contingente de Dragones Desmontados, no recuerdo en este momento á las órdenes de que jefe; y una pieza de artillería ligera, al mando del teniente Jorge, el Alsaciano: total, una fuerza al rededor de 450 á 500 hombres.

Se efectúa el embarque de la expedición, la que sigue para la Colonia ocupada por nuestras fuerzas; de allí se sigue hasta San Juan y sus inmediaciones, regresando á los pocos días con algunas haciendas para la guarnición de aquella plaza, sin otro inconveniente que ser perseguidos y algo incomodados por fuerzas de caballería enemiga en número superior, pero que ningún mal nos podíamos hacer ni uno ni otro.

Nos vuelven á embarcar con destino al Carmelo, que ocupamos á los tres días siguientes al de nuestra salida de la Colonia, sin hallar allí enemigo alguno, á no ser una partida volante dejada en observación á las órdenes de un titulado comandante Pacifico, y sin tener nosotros un solo caballo; el mismo general Rivera marchaba á pié, y la pieza la llevaban de tiro los artilleros alternando con los infantes, hasta que más adelante nos pudimos hacer de ese elemento, para montar también la poca caballería que llevábamos, la que, hasta tanto, siguió lo mismo con sus *recados* al hombro.

Del Carmelo continuamos la marcha para Vóvoras en ese estado, donde permanecemos acampados algunos días. Allí nos pudimos hacer de unos pocos caballos, traídos por algunos de los nuestros que habían andado á monte, los que á la noticia de nuestras fuerzas en operaciones, se presentaban llenos de entusiasmo y en un estado andrajoso. Sin embargo, ellos y nosotros todos, éramos los soldados que luchaban por la libertad é independencia del territorio nacional, hoy desaparecidos los más de aquéllos, unos tras otros, entonces y

después; y en el torbellino del tiempo andado vale la pena que la joven generación los recuerde.

Allí acampados, se tuvo noticia por nuestros bomberos de que el coronel Montoro á marcha forzada venía sobre nosotros, al frente de una fuerza de las tres armas, compuesta de 1500 á 1600 hombres, más ó menos; en ella un batallón de infantería montada, calculado en 300 plazas.

Al anochecer nos retiramos para el Carmelo; al día siguiente el enemigo estuvo sobre nosotros, estrechándonos allí el sitio por pocos días con algunas alternativas favorables á nuestras armas. Su cuartel general lo habían establecido cómodamente en Vóvoras.

Pasados esos pocos días de sitio, marchamos sobre ellos la noche del 27 de Mayo, desbandando su vanguardia acampada á corta distancia del pueblo (1); de marcha batida seguimos á Vóvoras, donde el cuartel general del enemigo y cuanto había allí, corría igual suerte después de las doce de la noche.

Aquí conviene recordar que dos días antes, el general Rivera nos había dado por jefe del contingente al coronel don Bernardino Baez, siendo su ayudante don Melitón Lascano; pocos días después despachaba al capitán don Esteban Ritou en comisión para la Capital; á lo menos así se nos impuso en los momentos de su separación, y este no volvió á incorporarse sino después de la toma de Mercedes con su mando anterior.

En esa sorpresa se alcanzó tomarle al enemigo: 7 piezas de artillería; algunas carretas de vestuarios y abundantes municiones; el carretón del mismo jefe y su correspondencia; armamento de toda clase; muchos prisioneros y pasados; abundantes caballadas, las que nos dejaban expeditos holgadamente para posteriores operaciones.

Esa división enemiga quedó así deshecha y dispersada.

A los pocos días se tuvo noticia de que las divisiones de los coroneles Granada, Flores (José María) y Montoro, con parte de sus dispersos incorporados á ellas venían en marcha con rumbo á Vóvoras. Inmediatamente levantamos campo al anochecer del 9 de Junio, y á marcha forzada, tomamos rumbo hacia las Puntas del Arenal, donde se hizo alto para dar algún descanso á todos, sin desorganizar su orden de columna nuestra retaguardia, pues nosotros estábamos siempre de vanguardia. A la hora, más ó menos, llegaba una parte de que el enemigo se hallaba acampado á corta distancia nuestra (2); con esa seguridad que nos enviaba la buena fortuna, seguir marcha y caerles encima, á esa hora avanzada de la noche, fué todo uno; su derrota y desbande fueron completos, quedando otra vez en nuestro poder abundantes caballadas, etc., etc. Se acampó holgadamente, después de la corrida á pié, hasta las 9 ó 10 del día siguiente, siguiendo marcha á esa hora para el pueblo de Dolores, donde entramos ya de noche, sin encontrar enemigo alguno. En este pueblo se tomó una cantidad crecida de corambre oficial.

En Dolores se descansó dos días y tres noches; al amanecer del tercero, Junio 13, nos movíamos con rumbo á Mercedes; esa tarde se acampó en la costa del Bizcocho para carnear; ya con algunas reses ape-

(1) Aquí recibió su segunda herida el entonces teniente 1.º, don Juan Huguaburu, oficial de guerrilla hasta ese momento, hoy capitán incorporado al Cuerpo de Inválidos.

(2) La partida descubierta desprendida de la columna después de haber hecho alto, iba á las órdenes del entonces sargento mayor, don Francisco Saldaña; esa noche él fué quien descubrió el enemigo, y esto debido á la casualidad; porque el mismo general Rivera ignoraba que esa fuerza, en marcha apurada contra nosotros, hubiera allí tomado campo en la noche.

nas volteadas, oímos los toques continuados de atención, á ensillar (la caballería), á formar y marchar. ¿Qué había sucedido para tal precipitación?... Un bombero enemigo, tomado ó pasado, había comunicado la noticia de que las fuerzas derrotadas en las Puntas del Arenal, estaban en Mercedes pasando á gran prisa al norte de Río Negro, ó sea Rincón de las Gallinas; luego, convenía apurar para tomar allí el mayor número que fuera posible, si la suerte seguía favoreciendo nuestras armas, como efectivamente así sucedió, debido á la prontitud de nuestros movimientos.

La oscuridad de aquella noche lluviosa y de frío, con un temporal deshecho que sobrevino, hizo hacer alto á la columna; en esa parada forzada, perdimos dos horas de marcha más ó menos. Esa noche, algunas cañadas y arroyos se pasaron con el agua casi á la cintura, y en previsión de evitar que las municiones se mojaran, llevábamos nuestras cananas en la mano levantada. A pesar de tanto contratiempo, al día siguiente temprano, 14 de Junio, sin comer durante veinticuatro horas, mojados y con frío, tomábamos el pueblo de Mercedes, todos alegres y contentos; en los cuerpos había unión y temple decidido, ya más que probado en las luchas anteriores de nuestra línea de defensa en la Capital.

En la toma de Mercedes, el enemigo tuvo ciento y tantos muertos, entre ellos el coronel Montoro y un comandante Moranchel; los más perecieron ahogados, pues el Río Negro estaba campo afuera; aquí se tomaron 5 piezas de artillería, 400 y más prisioneros, entre éstos algunos 40 jefes y oficiales, los que más adelante siguieron por agua para Martín García; corambres oficiales los había en abundancia; armamento numeroso; vestuarios y equipos; archivos y correspondencias importantes, y una gran balsa construida en aquellos días para el pasaje del río. También dejaron en nuestro poder las caballadas que habían quedado de este lado. Granada y Flores ya habían pasado uno ó dos días antes á la margen opuesta; así salvaron ellos de este segundo contraste; desde la orilla nuestra les vimos levantar campamento, y alejarse hasta perderlos de vista.

En Mercedes se descansó algunos días, sin más operaciones esa vez; quedó una guarnición en el pueblo, y luego el pequeño ejército regresaba con la tropa prisionera para el Carmelo. Aquí el general Rivera disponía que el contingente de Cazadores Vascos volviera á Montevideo, como efectivamente volvimos pocos días después.

En esta corta y feliz expedición, el general Rivera hubo de estar satisfecho de nuestros servicios, pues en ella nos mantuvo constantemente de vanguardia; así es que sólo dispersamos la noche de Vóvoras la vanguardia de Montoro, sólo entramos á Vóvoras, sólo dispersamos el enemigo en las Puntas del Arenal, sólo entramos á Mercedes. En estas operaciones, la columna hacia alto, ó seguía á una distancia nuestra marcha corrida, pues en ellas el enemigo no se batía, y si hacía alguna resistencia, ésta era floja; así es que sólo fuimos suficientes en estos cuatro encuentros.

Tan satisfecho debió haber estado el general en jefe del contingente, que hallándonos en Montevideo, ya reincorporados al regimiento, le donaba espontáneamente 500 reses y 200 cueros vacunos. Todo esto vendido muy mal, por culpa de nuestra comisión encargada, sólo produjo \$ 14 y algunos reales moneda antigua para cada uno de la expedición, sin distinción de clase, los mismos que recibimos estando un día de avanzada en nuestra línea.

Poco tiempo después el general Rivera nombraba de comandante en jefe interino de las fuerzas al general Medina, disponiendo que fuera á tomar campo por las Puntas de Vóvoras; y al coronel Flores lo enviaba á la Colonia en busca del 2.º Batallón de Guardias Nacionales, á las órdenes del comandante Zaballa á la sazón. Tomadas estas disposiciones, él en persona bajaba á la Capital llamado por el Gobierno, y entre los varios asuntos de que se trató, también se combinaron posteriores operaciones en campaña con mayor número de fuerzas.

En este estado las cosas, el jefe del Regimiento de Cazadores Vascos, doctor don Juan Bautista Brie, fué llamado particularmente por el Presidente de la República y el general Rivera. Consultado en esa conferencia privada al respecto de si se podría sacar todo el regimiento á campaña, con su dotación de 2 piezas volantes, les contestó que él y los suyos, á pesar de ser voluntarios, antes que toda consideración, eran soldados de la República, y dispuestos á obedecer las órdenes superiores á tal respecto; que en este caso delicado para el cuerpo, compuesto en su mayor parte de padres é hijos de familia, y por tal de halagar á la vez el sentimiento de emulación al mayor número de oficiales, juzgaba un tanto conveniente extenderles sus despachos; que estando conforme y ganada la oficialidad con este halago puramente honorífico, la tropa seguiría en masa, ganada á su vez por aquéllos, como así sucedió, salvo pocas excepciones. El Presidente de la República y el general Rivera unánimemente accedieron complacidos á ese pensamiento del coronel Brie, que á todos ganó con su idea de oportunidad leal y desinteresada.

Hay que tener muy presente que los servicios de aquella época no se remuneraban á nadie, pero á nadie, como históricamente está probado; todo se hacía como un deber, inspirado por amor á la independencia y libertad de la patria; esa ha sido mi escuela, de la cual jamás me he apartado en mi humilde esfera, ya agobiado como lo estoy, con el peso de 69 años y decepciones inmerecidas por los más, salvando excepciones muy honorables.

Hé aquí el cómo obtuvimos accidentalmente nuestros despachos para la nueva marcha á campaña; los que hoy no aparecen casi en poder de los pocos que viven, ni aún archivados sospecho, por lo que pasó con un expediente que á mí se refería.

Esa campaña que habría podido ser, sino decisiva, al menos de mejores resultados para nuestras armas, como se lo habían prometido aquéllos tres hombres respetables, Suarez, Rivera y Brie, se volvió un desastre para todos.

Incorporado el Regimiento y sus 2 piezas en las Puntas de Vóvoras, como he dicho antes, ya unido al ejército el 2.º de Nacionales levantado de la Colonia; marchamos para la Costa de Laureles, departamento de Soriano, permaneciendo allí quince ó veinte días en la inacción.

De ese punto desprendió el general en jefe una columna de caballería, á las órdenes del general Medina y del coronel Flores, á observar ú operar sobre el ejército de Ignacio Oribe, el que ya se hacía sentir por el departamento de la Colonia; aquellos jefes llegaron á la altura de las Piedras de Espinosa, y hallándose un buen día diseminados por el campo, entretenidos en una volteada de yeguada, fueron sorprendidos y completamente dispersados; así es que no

nos vimos más con ellos, perdiendo esa fuerza de caballería en el contraste: éste tuvo lugar hacia fines de Noviembre ó primeros días de Diciembre.

De la costa de Laureles, el ejército se movía para Mercedes del 15 al 20 de ese último mes; allí pasaba al norte de Río Negro con dirección á Paysandú, donde se llegó en la jornada del día 25, acampando en Sacra. Esa tarde nos movimos sobre el pueblo, sin otro objeto que descubrir nuestra fuerza; escopetearse una guerrilla del 1.º de Línea con otra del enemigo, la que fué arrollada fácilmente; parlamentar con aquella plaza fortificada sin resultado alguno, guarnecida á la vez con una fuerza superior en número á la nuestra y mejor artillada; pues ellos tenían de 10 á 13 plazas de mayor calibre, mientras que nosotros no llevábamos sino 6, más el refuerzo eficaz que nos prestaron los bergantines franceses, la *Tactique* y la *Alsacienne*, establecidos en el puerto, los que también tomaron parte en la acción al día siguiente, porque estábamos en plena intervención anglo-francesa.

El 26 de Diciembre de 1846 de mañana atacamos; á la tarde todo estaba en nuestro poder, incluso el jefe de la plaza, el coronel Argentó; pero ¿á qué precio?... quedamos literalmente diezmados y desorganizados; en una palabra: aquello fué una victoria inútil y sin derrota.

El 1.º de Línea sufrió considerablemente, pero á lo menos conservó su primer jefe; el 2.º de Nacionales quedó sin jefes; éstos fueron heridos, y tan reducidas quedaron sus plazas, que desde ese día dejó de formar cuerpo, agregándose sus restos al 1.º de Línea como se pudo, y desordenadamente en aquellos días; el Regimiento de Cazadores Vascos tuvo 125 bajas, 43 muertos y 82 heridos, entre éstos el coronel Brie, 2 capitanes (Meayru y Granville), etc.; entre aquéllos el sargento mayor Enchen, 4 capitanes (H. Brie, Costagaray, Delpench y Banin), este último agregado al cuerpo en la marcha, etc.

Para emprender nuevas operaciones, sin reorganización, imposible allí, no habríamos podido continuar; pues todos nos hallábamos en un estado deplorable y perplejos, hasta los pocos jefes y oficiales que habíamos salido ilesos de aquella hoguera de fuego (hablo de la infantería); la artillería no sufrió; la poca caballería nada tuvo que hacer, así es que nada sufrió tampoco, pues ella pasó el día en San Francisco en observación de la división de Servando Gómez, que se decía, con seguridad, venía en marcha, como así sucedió pero más tarde, después que hubo tomado el Salto el 7 de Enero siguiente de 1847, muriendo allá el jefe de aquella guarnición perdida para nosotros, nuestro coronel Blanco.

Para ser más breve, omito las dolorosas peripecias de nuestra pasada á la isla, frente á Paysandú, con tanto herido casi sin asistencia; sólo diré que el ganado del consumo en aquéllos días, nos venía de Entreríos sigilosamente, en la noche, mandado por el mismo general Urquiza á la costa, siendo él aún nuestro enemigo abierto; esta protección de primera necesidad, coincidía, ignorándolo nosotros todos, con la política secreta de la época; política llevada á buen término, allá en Río Janeiro, por nuestro ministro plenipotenciario, doctor don Andrés Lamas, y aquí por el ministro de relaciones exteriores, doctor don Manuel Herrera y Obes, quien lo preparó todo é influyó en el ánimo de Urquiza, y cuyos trabajos trajeron por desenlace final su pronunciamiento contra Rosas, y la declaración de guerra á éste por el Imperio del Brasil, acontecimientos que vinieron á concluir en 8 de Octubre de

1851: sin ellos irremisiblemente la defensa se perdía, y tras ella la independencia. Cinco años estuvieron en incubación esos trabajos políticos, pero al fin dieron su fruto á tanta perseverancia y á tanto sacrificio en nueve años de lucha.

LUIS ANTEQUERA,
Servidor de la Defensa.

CONFESIÓN

A LUIS REYES.

Sí, Elisa: sé que esta vida de cariño y rabia á la vez, de desesperación y consuelo, de perdón y odio, sé que me aniquila, me consume, me mata. Pero ¿puedo acaso cambiarla? No, necesito de todo ese algo inexplicable, de esa mezcla de buenos y malos pensamientos para sostenerme; el deseo de morir unas veces y el ansia de matar otras, es lo único que me conforta, es la sola savia que corre por mis venas, confundida, atropellada, temerosa de no llegar á tiempo al festín de mis bestiales alegrías. ¿Qué otro aire pueden recibir unos pulmones que respiran todos los venenos imaginables? ¿qué movimientos un corazón que solo late á impulsos de la cólera?

Lo reconozco: antes era noble y cariñosa; hoy lo innoble y lo perverso me fascina; el crimen me atrae como á la mariposa la luz y, — escúchalo con horror, — los más impuros deseos comueven mi alma toda. Amo á ese hombre con rabia, con hambre, con deseos infernales; quisiera apretarle contra mi pecho, y besarle, y despedazarle entre mis brazos, así, fuertemente, hasta verle morir sobre el único seno al cual jamás prestó su calor y del que no debiera separarse nunca.

Te espantas, eh? ¡oh! tú no sabes cómo amo á ese hombre y cómo á la vez le odio; nunca comprenderás tampoco cómo le he aborrecido y cómo le aborrezco y le ví unirse en mi presencia á otra y no le maté! Fui muy cobarde, sí, debí matarle junto á la esposa que me lo arrebató; ¡Miserables! me mostraban, radiantes, una felicidad que me destruía! ¡oh! los odio! ... será mío, te lo juro, su último beso será para mí, y después, allá en la tumba, nadie me lo disputará!

— Cálmate, hermana mía, ten juicio, me causas miedo. Pero, dime ante todo, ¿quién es ese hombre que tanto te martiriza?

— Ese miserable, ese monstruo, ese! es tu esposo!

REP.

PROBLEMAS GANADEROS

LA VENTA AL PESO

Para la realización de los progresos, nuestros estancieros, lo mismo que los rurales de todos los países, están sujetos á la ley cósmica y á la ley económica. Siendo la ley cósmica independiente de la voluntad del hombre, porque comprende el clima y las tierras — circunstancias que pueden bien señalarse como favorables en el país—cabe, para mejorar nuestra mejor producción, modificar la ley económica conforme se deban realizar progresos determinados. De esas observaciones nació una conferencia en la Asociación Rural en 1883,

sosteniendo que "sin báscula no hay progreso agropecuario"; debiendo comprenderse que no hay progreso económico positivo, aunque se realizara por ley cósmica, por aclimatación y principio zootécnico, sin adaptación en la economía rural.

Se sostenía esa modificación como estimulante necesario al perfeccionamiento de las razas de ganados y al perfeccionamiento en el cultivo de forrajes y conservación de los campos naturales, porque la experiencia en esos trabajos de mejoras demostraba á la evidencia, que la situación económica no era del todo favorable á esos trabajos de inteligencia y perfección, sino á condición de relacionar el peso de las ventas con la masa de forrajes consumidos y producidos con excedente de gastos. Se decía en aquella conferencia:

"Pero á medida que nuestra población ha aumentado, nuevos mercados se abrieron para nuestros consumos, y las exportaciones han ido en aumento, y por tanto el valor de la tierra ha venido aumentando hasta tomar hoy un valor crecido, que ha entrado en el juego de las operaciones como los demás valores reales, y efectuándose ya sus ventas sobre la base segura de la renta y al tipo de los intereses corrientes. Tenemos, pues, hoy, un valor real y positivo, la tierra, que no es ya de los desiertos, que se mide en detalle, y se tasa la hectárea ó la cuadra, según su posición relativa á los puntos de consumo, según su hidrografía, la calidad de sus tierras ó la riqueza forrajera de su producción natural, y sin embargo seguimos vendiendo los novillos á ojo de buen cubero, importándonos poco el peso en forrajes que hayan consumido, avalorados al precio de la tierra, que es hoy un fuerte capital.

"Es fácil comprender entonces que, considerada económicamente, nuestra situación pecuaria señala un desequilibrio entre los costos de producción y su comercio en ganados, cuyo saldo estará unas veces de un lado y otras de otro, prestándose, por tanto, como en todo comercio separado de la regularización de valores, al agio, y, por consiguiente, más expuesto que los otros á las crisis imprevistas.

"¿No se consideraría una anomalía la venta al industrial europeo de nuestras lanas haciendo caso omiso del peso y vendiendo por el número de vellones?

"Exactamente igual debe ser considerada la venta de ganado para equilibrar nuestra economía de la producción en sus relaciones con la tierra, el capital y el trabajo, los tres factores por excelencia de aquélla.

"En efecto: nunca podremos saber á que atenernos con precisión en el valor de la tierra, si uniendo su valor al capital y el trabajo, los beneficios no se sujetan á una medida que se le relacione y cuyas oscilaciones acompañan aquellos tres factores en vez de abandonarlos al azar."

La idea fué acogida en la Asociación Rural, y á nombre de la práctica tuvo oposición en varias publicaciones, cuyos argumentos fueron rebatidos punto por punto en el número 14, año 1883, y en la página 294, año 1886; dejando constatado que la oposición sólo obedecía á preocupaciones de costumbre.

De entonces acá han pasado varios años, y el tiempo transcurrido ha acentuado más aún la necesidad de vender los ganados al peso. Ya no es solamente en el seno de la Asociación Rural que se preconiza la idea, sino fuera de ella, que los hacendados la piden, como una necesidad, si se ha de continuar la perfección de los ganados, y son también los que inician la exportación de ganado en pie que la piden, como base indispensable para sus operaciones de ensayo y su éxito futuro.

El Río de la Plata está en pleno período de cruzamiento de sus razas ganaderas. Los progresistas criadores que han importado los primeros reproductores de diversas razas, no todos han podido ver satisfechas sus aspiraciones y palpar los resultados económicos. ¿Quién puede presentir los resultados zootécnicos económicos de tal ó cual raza en localidades determinadas, sin medio de comparación en los factores que concurren á esa producción?

Baudement ha dicho:

Para la zootécnica los animales domésticos son máquinas, no en la acepción figurada de la palabra, sino en la acepción más rigurosa, tal como la admiten la mecánica y la industria. Son máquinas como las locomotoras y aparatos de fabricación, donde se destila, se fabrica el azúcar y la fécula donde se transforma una materia cualquiera.

Los animales son máquinas que consumen, que queman cierta cantidad de combustible. Dan carne, leche ó fuerza. Son, pues, máquinas que dan un rendimiento.

Esto está hoy en la conciencia de todos los criadores, y si un animal vacuno consume de 2 á 3 % de su peso vivo según edad, se comprenderá que la producción de razas perfeccionadas dando productos para la venta de 900 kilos, cuesta al productor en mantención más de lo que le cuesta uno de 400 kilos, sea que la alimentación se efectúe á campo, ó que se realice en establo.

¿Cómo compensar ese exceso de gasto, se decía en la Asociación Rural en 1883, y hacer lucrativo el perfeccionamiento de los ganados si no es vendiendo los productos al peso?

Es, pues, indiscutible la necesidad de esa reforma, y no vamos á distraer más la atención del Congreso con todo el acopio de fundamentos para la resolución que proponemos, pues si hubo necesidad de hacerlos en un principio, hoy el convencimiento es casi unánime en el país entre los hacendados y el comercio que se preocupa de impulsar las exportaciones.

Por otra parte, no creemos, por regla general, en la eficacia de las leyes que atacan de golpe costumbres inveteradas, sin una previa educación práctica, y en el caso presente se hace necesario esa educación para todos los gremios que actúan en la compra y venta de ganados, para los mismos progresistas criadores que recogerán datos para su operación zootécnica, pudiendo comparar y avalorar las aptitudes que persiguen para la cría extensiva ó intensiva en las diversas zonas y variados campos del país. La costumbre de comparar todos los días los pesos de diferentes clases de ganados se hace necesaria como medida previa, *sin alterar por imposición el régimen actual de vender ganados.*

Seguros estamos de que hecha práctica esta resolución no pasará mucho tiempo sin que la costumbre de vender al peso se imponga por los propios intereses puestos en juego.

El departamento de la capital, por ser el centro de mayor importancia, así como por concurrir á la venta de sus tabladras la mayor cantidad de ganados de todo el país, es el indicado para realizar esa importante modificación en bien de la producción ganadera que concurre con el impuesto de tablada á una importantísima *renta municipal.*

Sólo habría necesidad de realizar la construcción de un Corral-báscula en la Tablada de Montevideo, al único objeto de pesar los animales destinados al abasto y cobrar el impuesto que actualmente se efectúe por cabeza, á un tanto los cien kilos.

La Comisión del Congreso Ganadero, después de es-

tudiar todos los datos, ha llegado á fijar como peso medio de los buenos animales criollos que entran en Tablada en 400 kilos; y así, si el impuesto actual de Tablada es de \$ 1.60 por animal, se aconsejaría cobrar el nuevo impuesto á 0.40 los 100 kilos; bien entendido que tropa cuyo rendimiento medio fuera mayor de 400 kilos, no pagará más impuesto que el actual de \$ 1.60, impuesto que se considera elevadísimo si se tiene en cuenta que el precio medio de venta es de \$ 10, lo que hace 16 % sobre el valor.

CARLOS A. AROCENA.

NOTAS FINALES

MUERTE DE UN COMPAÑERO

El Batallón 2.º de Cazadores tuvo ha poco una pérdida con la muerte del subteniente Vivas, que fué vivamente sentida por sus compañeros.

En su entierro, dos oficiales del 2.º, los tenientes Mendez Flores y Bravo, pronunciaron las sentidas palabras que publicamos á continuación como un recuerdo consagrado al jóven é infortunado militar caído sin lucha, en plena juventud, teniendo por delante las justas esperanzas de una carrera honrosa, talvez de un porvenir claro y brillante.

PALABRAS DEL TENIENTE MENDEZ FLORES

Señores:

La corporación de oficiales del Batallón 2.º de Cazadores lamenta hoy la sensible pérdida de un compañero.

El Subteniente Vivas, al descender al sepulcro, deja en el corazón de los que lo han conocido, un recuerdo imperecedero.

No fué de los veteranos, que al morir, dejan tras sí una radiante estela de gloria,—pero, sin embargo, deja al Ejército y á la posteridad, una página de virtudes que debe ser leída con respeto.

El escenario en el cual se desarrollaron sus ideales por la carrera de las armas, fué, sin duda alguna, muy reducido. No tuvo la oportunidad que á otros cupo, de iniciar su carrera en las aulas de una Academia Militar, dirigido y alentado por las lecciones y consejos de profesores competentes.

Una decidida contracción al estudio y la experiencia que se adquiere en la ruda escuela de la práctica, tales fueron los factores que contribuyeron á la educación de su espíritu y al temple de su carácter.

Ingresa al Batallón en la pequeña—pero muy honrosa—categoría de soldado, soportando con resignación y altivez, las arduas tareas que ella nos impone. Sus excelentes condiciones morales, unidas á la modestia con que siempre se distinguió, le hicieron granjearse las simpatías de sus superiores y subalternos.

El año 1890 ascendía á Cabo 2.º, y desde ese primer peldaño á que con tanta satisfacción se llega en la carrera militar, fué obteniendo los empleos de Cabo 1.º, Sargento 2.º y Sargento 1.º.

El 4 de Noviembre del año próximo pasado, como justa recompensa á sus desvelos y afanes, se le confirió el grado de Subteniente.

El nuevo cargo, en donde se le confiaban mayores atribuciones y responsabilidades, fué para el Subteniente Vivas, una oportunidad de comprobar sus relevantes condiciones como oficial recto y contraído.

Una ley inmutable á la que todos rendimos inevitable tributo, le arrebató la vida, enlutando su hogar y conmoviendo tristemente el corazón de sus compañeros!...

Que las resaltantes virtudes que lega al recuerdo el amigo que hoy nos deja para siempre, sirvan de lenitivo á su afligida y atribulada familia, y de ejemplo para los buenos soldados!

He dicho.

PALABRAS DEL TENIENTE JAIME F. BRAVO

Señores:

Misión muy grande para mis fuerzas, es, por cierto, la que me ha sido encomendada, de hacer uso de la palabra en el momento de ser inhumados los restos del que en vida se llamó Subteniente José Vivas. La corporación de oficiales del Batallón de Cazadores N.º 3, me ha designado para que interpretando sus sentimientos diera la postrer despedida á nuestro malogrado compañero.

Es solamente el aprecio y compañerismo, la amistad amplia y más que todo, el deber grande que tenemos que cumplir para con los que la fatalidad ha apartado de nuestro camino haciendo que desaparezcan para siempre del mundo de los vivos, lo que me anima y da fuerza suficiente para que pueda cumplir modestamente esta honrosa y sagrada misión.

No poseo el don necesario para tales actos, pero inspirándome en los lazos de amistad que me unían al amigo y compañero de armas, trataré de despedir en nombre de mis compañeros de cuartel al que en vida fué nuestro amigo Vivas.

El Subteniente Vivas, fué, señores, uno de esos jóvenes que desde temprana edad sienten una marcada inclinación por la carrera de las armas, sienten en ella un deseo grande que cumplir; fué así que, formándose una idea cabal de lo que era la vida del cuartel, sentó plaza como soldado distinguido en el Batallón de Cazadores N.º 2, donde hoy la muerte lo ha venido á sorprender.

Como soldado, fué un excelente servidor, porque jamás dió motivos á sus superiores para que fuera amonestado por la más mínima falta, y prueba de ello tenemos en que al poco tiempo de entrar al servicio, lucía ya en las mangas de su casaca las escuadras de cabo, señal evidente de que había sabido granjearse la simpatía y aprecio de quienes lo mandaban. En su foja de servicios como clase, habiendo recorrido toda la escala desde cabo 2.º hasta sargento 1.º, jamás se encuentra un hecho que haya probado ser un superior arbitrario para el soldado ni un subalterno irrespetuoso para sus jefes y oficiales.

Muy al contrario, por su proceder correcto en el desempeño de las obligaciones de su empleo, muy distante de hacerse odiar del soldado, encontraba siempre la más completa voluntad para cumplir lo que ordenaba.

Respecto á los oficiales de la compañía en que prestó sus servicios no han tenido nunca más que palabras ponderativas para calificar la conducta del cabo ó sargento Vivas.

Ante sus jefes, pues, tenía él recomendaciones marcadas, que debían prever para nuestro malogrado compañero un círculo más grande que el en que actuaba,

un premio mayor que los que hasta entonces había recibido; merecía lucir un galón en su kepi y así vimos despachar favorablemente el 4 de Noviembre del año pasado la propuesta con que el Superior Gobierno lo promovía al empleo inmediato al que gozaba; el de Subteniente.

Como oficial, en los once meses que cumplió ayer, jamás tampoco demostró que le eran desconocidas las obligaciones de su empleo; porqué fué uno de esos elementos nuevos que forman la generación que viene integrando nuestro ejército, que aunque no lucen en sus pechos las pruebas indelebiles de los sacrificios del campo de batalla que lucen nuestros veteranos, contribuyen sin embargo con sus conocimientos y contracción á dignificar la honrosa carrera de las armas, — á llevar adelante la obra emprendida de la organización de nuestro ejército.

El Subteniente Vivas, en los ocho años que llevaba de servicios, fué siempre muy contraído al cuartel, y últimamente, cuando la enfermedad que hoy lo llevó á la sepultura hizo en él sus primeros avances, desempeñaba aún sus servicios como si estuviera sano, hasta que sus superiores, reconociendo que no era posible que continuara de esa manera lo dieron con licencia para que se restableciera; pero... el fallo divino hizo que, muy distante de presentarse nuevamente al cuartel á desempeñar su misión, desapareciera del mundo, perdiendo su familia, un excelente hijo, un excelente hermano, la sociedad un elemento instruido y el ejército un espíritu progresista, esclavo siempre del cumplimiento de sus obligaciones y de sus deberes.

El Batallón 2.º de cazadores pierde hoy en el Subteniente Vivas un oficial que hubiera contribuido grandemente á conservar el brillo que hoy tiene el número que le sirve de insignia. Yo en el nombre del Batallón á que pertenezco doy el justo pésame ante la irreparable pérdida de este amigo.

Sub-teniente Vivas:

Vas á bajar á la tumba, habiendo recibido de tus amigos y compañeros la última prueba que se dá á los que como tú han sabido desempeñar tan altamente la misión que le está encomendada en este mundo; recibe, pues, uno más en nombre de los jefes y oficiales del Batallón de Cazadores N.º 3, al daros la postrera despedida....

¡Adiós! Descanse en paz!

MEMORIA DE LA JEFATURA

Es un trabajo laborioso y de positiva importancia la Memoria de la Jefatura Política de la Capital que acabamos de recibir. Demuestra esta obra, con copiosa documentación, los progresos alcanzados bajo la administración del señor Gregorio Sánchez, por tan importante repartición pública.

En la detenida y vasta documentación de la Memoria resalta la importancia de los trabajos realizados, contándose no menos de 70 órdenes del día relativas á atinadas reformas, ya en orden al servicio público, ya en punto á la moralización de la clase policial. Se detallan todas las mejoras introducidas en la institución, las modificaciones y ampliaciones que se han aplicado é introducido en muchos de sus servicios, tendentes todas á uniformar la acción de ella dentro de propósitos dictados por la práctica y obtenidos por la experiencia, y asegurar sus más fáciles funciones y la regularidad de sus procedimientos dentro de las exigencias sociales y de las disposiciones de la ley.

Muchas de esas reformas se han impuesto por su propia virtualidad, obedeciendo á conveniencias indiscutibles para la organización de la policía, y que en su aplicación se han determinado como agentes principales de un sistema de procedimientos que van á hacer factible, de una manera rápida y oportuna, la influencia que esta institución debe ejercer en sus múltiples proyecciones.

Entre las principales está el Código de Policía que el señor Jefe Político Sánchez reclama en los siguientes párrafos de la memoria:

“Todos estos antecedentes consolidaron en mi espíritu el convencimiento que me animó á solicitar de V. E., en la debida oportunidad, la autorización para proceder á la confección del referido Código de Policía, y hoy que el ejercicio del cargo de jefe político y de policía de la capital me da la más completa evidencia de la necesidad de dar comienzo cuanto antes á esa tarea, para dotar así á la institución de un cuerpo de leyes indispensables que la asesore y aconseje en el ejercicio de sus facultades preventivas y represivas, reitero el pedido hecho anteriormente á V. E. para el nombramiento oficial de la comisión encargada de la redacción del Código, ó mejor, señor ministro, y para no demorar la realización de ese propósito, facultarme para utilizar los conocimientos de persona competente que redacte el proyecto de código que, una vez terminado, será sometido al estudio y dictamen de la comisión que V. E. nombre, y que redactará el informe y hará las modificaciones que lo pondrán en estado de obtener la sanción legal que le otorgue el Cuerpo Legislativo.”

Hemos de destinar un estudio especial á algunos puntos de mayor importancia que comprende la Memoria, anticipando nuestras sinceras felicitaciones al digno jefe político señor Sánchez, á cuya severa honorabilidad, dedicación, é ilustrada energía deberá la institución policial una época señalada de reformas y progresos positivos.

NUESTROS MATERIALES

ACTO DE CONTRICCIÓN

Por haber tenido que bajar urgentemente á la capital no pudo el doctor Giribaldi Heguy preparar para este número el segundo artículo del interesante trabajo que está escribiendo sobre natalidad ilegítima. En cambio ocupará un turno durante dos ó tres números, desde el próximo.

No podemos menos de alabarnos, de paso, por la selección de materiales de colaboración que venimos publicando. Hoy, por ejemplo, cedemos las columnas de honor, para hablar sobre el tema del día, á Luis Cardoso. Tan bello, tan alto, tan vibrante es su trabajo — verdadero himno, verdadera epopeya de la insignie odisea colombina, — que después de conocerlo no nos quedó nada que decir en prosa y pusimos para honrar la fecha esos rudos versos, en gran parte inéditos, que van en otra parte.

A propósito: como van tres veces que salimos con versos en lo mejor, queremos advertir que no deben alarmarse los lectores. Se trataba de versos de oportunidad: el 25 de Agosto, la muerte de Artigas, el descubrimiento de América. Pero se nos ha concluido la reserva inédita y prometemos no volverlo á hacer.

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79. — Montevideo.